

gando la mirada estática del Boceto, deberían pues desplegar y formular, hoy y ahora, si esa ciudad algo más crecida, ha dejado de ser maltratada y movida por los intereses generales; si ha adquirido tono y vigor y si acepta la crítica y la denuncia como parte fundamental de su desarrollo intelectual y cultural. Si esa ciudad, con Campus Universitario; con tren de Alta Velocidad; con algunos proyectos de calado diverso, pero varados en la sombra del vacío inmobiliario; con el mismo desdén ciego hacia el pasado patrimonial y con amenazantes tormentas neocasticistas y folclóricas, se ha sacudido el polvo del pasado y ha dibujado perfiles nuevos en su andadura por el siglo XXI. Pero ésa es otra pregunta que sigue aleteando como un pájaro nuevo en la tarde vieja. ■

[RELEER, por Julián Díaz.] Sorprende que el responsable de la edición original, que firmaba con iniciales un prólogo más bien lacónico, se apresurara a explicar que las opiniones vertidas en el texto no eran necesariamente suscritas por la institución que edita el libro, el primero de una colección de título algo ampuloso, incluso para entonces. No ha soportado mal el paso del tiempo este libro, que exhibe un tono que se sitúa a medio camino entre el informe político (un género hoy desaparecido, arrumbado por los “argumentarios” que han ocupado los espacios del debate) y la prosa realista; que exhibe, en ocasiones, un tono coloquial y un sentido de la ironía sabiamente administrados.

Inquieta comprobar que algunas cosas que hace más de treinta años podían suponerse, razonablemente, a punto de desaparecer, aún se mantienen, hasta han ganado vigor y espacio. Otras, naturalmente, han cambiado, pero es muy posible que un nuevo informe, a día de hoy, revelara parecidas carencias, similares indolencias, equivalentes atonías, mostrara unas estructuras culturales momifi-

rantes, con intereses tan egoístas como estúpidos.

En esos edificios y por esas calles vive y transita la gente; hay comercios abiertos, bares, bancos oficinas. La gente puede ser rica, de la clase media o pobre. Si la cultura válida es aquélla que de alguna manera refleja la vida contemporánea de un lugar determinado, **¿qué le pasa** a la población de la ciudad, a la burguesía media y a la burguesía alta? (y no decimos qué le pasa a los pobres porque, como es habitual, no han tenido ni arte ni parte en ninguna cosa). Pues **no les pasa absolutamente nada**, ése es el problema. Aspiran a tener un piso en propiedad, y lo tienen; desean comprarse un coche, y se lo compran; se empeñan en pasear por las calles sin que nadie pueda decir que, en algún sentido, desentonan del resto de los tipos de su clase, y lo logran: si hay que llevar chaquetas a cuadros grises en invierno, las llevan; si es preciso usar vestidos amarillos en verano, se los ponen; se toman sus cañas a las horas prescritas en los bares reglamentarios, y los sábados y domingos, muchos van a misa.

En sus discretos hogares muestran un grandilocuente tresillo en el salón, paredes forradas de papel pintado incluso con ornamentación rococó en relieve, monumentales lámparas de pie con tulipas de falso pergamino; un mueble indescriptible donde guardan nutridas cuberterías, hasta de plata; vajillas provistas de innumerables piezas, juegos de copas y copitas de vidrio tallado. Y desde la vitrina de ese indescriptible mueble exhiben, para la poca gente que les visita, chucherías decorativas diversas cuya vulgaridad es directamente proporcional al cuadrado de la ignorancia de sus poseedores. En los atardeceres de buen tiempo, los matrimonios salen a dar un paseo: el tipo va callado y lleva la mirada perdida en un horizonte que es la nada; la mujer, a su lado, tal vez sueña con un compañero más divertido.

En los días laborales, los machos que trabajan en oficinas, bancos o ministerios, salen hacia las diez a tomarse un café, y entonces aprovechan la ocasión para echar una partida de dados o de chinos; a veces se ponen a hablar y su música suena a disco rayado y aprendido: tienen ahorros en los bancos, envejecen con la misma canción, se mueren. A la inmensa mayoría de los adultos no se les conoce ningún acto airoso, rompedor, crítico; algún leve gesto o actitud distinta y positiva, alguna acción valerosa, arriesgada, decidida.

Los hijos de estas gentes son, desde luego, más interesantes y más guapos que sus padres, pero eso dura poco: o se largan a otros lugares más atractivos cuando llega el momento de vivir por sí mismos, o se quedan. Si se quedan, en poco tiempo se transforman en el tipo patrón de la ciudad.

Los intercambios orales entre la gente adulta giran en torno al coche propio, al piso adquirido, a la cuenta en el banco, a lo sinvergüenzas que son los políticos, a la conveniencia de mantenerse alejados de cualquier acción solidaria. En estas conversaciones no existe jamás alguna gracia que proceda de un pensamiento noble, de una trayectoria distinta, de una perspectiva original, de un amor loco por algo o por alguien.

Y ninguna otra cosa pasa, salvo que la gente se va muriendo en el marco de una ciudad agobiante, tras pasarle la pelota a descendientes dispuestos a iniciar el mismo ciclo.